



Individualidad versus globalización. De nuevo, Kierkegaard

Francesc Torralba Roselló

Universidad Ramon Llull. Barcelona

Publicado en "El Garabato" No, 12. México, octubre de 2000

Una de las categorías más características de la filosofía de Kierkegaard es la categoría de la individualidad. El escritor danés analiza esta categoría en varios lugares de su obra, no sólo en los *Diarios* o en los *Discursos*, sino también en las obras pseudónimas. A lo largo de su vida, Kierkegaard va trazando un concepto propio y singular de lo que significa la individualidad (*Enkeltheden*) y contrapone esta categoría a la idea de sistema que elabora su gran interlocutor intelectual, el filósofo alemán F. W. Hegel.

En nuestro contexto cultural presidido por un acelerado proceso de globalización de tipo económico y tecnológico, la noción kierkegaardiana de individualidad puede resultar un contrapunto interesante y hasta pertinente de considerar. Su defensa, a ultranza de la singularidad de cada ser humano y su radical apología del irreductible valor que tiene cada vida humana puede resultar paradójica en nuestro presente, pero puede ser, por otro lado, el cimiento de una aguda y fundada crítica a los procesos de homogeneización que está sufriendo una determinada parte del planeta.

La categoría de la individualidad constituye uno de los ejes fundamentales de la lírica-dialéctica de Kierkegaard¹, uno de los vértices sobre los que descansa todo su pensamiento. El mismo manifiesta en sus *Diarios* que esta categoría tiene dentro de su obra un rol importantísimo y que lo va a tener en el conjunto de la filosofía occidental. "Con la categoría de individuo -afirma-, cuando todo aquí se reducía a amontonar sistemas, yo apunté polémicamente al sistema, y ya de ello no se habla. A esta categoría está vinculada por completo mi posible importancia histórica. Tal vez mis obras literarias sean olvidadas pronto como las de muchos otros escritores. Pero si esta categoría es justa y acertada, si di en el blanco, si comprendí bien que ésta es mi tarea, -por cierto, que no tiene nada de alegre, ni de cómodo, ni de estimulante-; si esto me es concedido aun a costa de inenarrables sufrimientos íntimos, aun a costa de indecibles sacrificios exteriores, entonces yo permaneceré y mis obras literarias conmigo"².

¹ Véase al respecto: N. THUSTRUP (ed.), *Some of Kierkegaard's categories*, Reitzel Forlag, Copenhagen, 1988, p. 11.

² Pap., VIII 1 A 485.

La individualidad no es una categoría objetiva o abstracta, sino una categoría subjetiva e íntima que sólo puede predicarse del ser humano en tanto que humano. Únicamente el hombre puede llegar a ser individuo (Enkelte), puede alcanzar la excelsa dignidad del individuo. Esta categoría, para Kierkegaard, se ciñe exclusivamente a la condición humana y afecta de un modo determinante a la persona. El individuo resulta ser el horizonte de realización humana, la plenitud de la existencia humana, el fruto de un largo itinerario de construcción personal. Según Kierkegaard, aprender a vivir con esta categoría es un arte, un arte que pocos alcanzan a lo largo de sus vidas. Llegar a ser un individuo, a ser un Yo es, según el filósofo danés, la empresa difícil y apasionante que un ser humano puede llevar a cabo con su propia vida.

Kierkegaard contrapone la categoría de la individualidad a la de masa. Según su punto de vista, el ser humano puede sucumbir fácilmente a la masa, a la reiteración de lo mismo, puede padecer fácilmente un proceso de homogeneización. Cuando esto ocurre, se vulneran gravemente sus posibilidades, sus potencialidades naturales. En tanto que miembro de la especie humana, el ser humano participa de unas características comunes con los otros miembros de su misma especie, pero en tanto que ser libre y abierto a la trascendencia, el ser humano está llamado a ser una individualidad única e irrepetible, una existencia distinta y singular en el conjunto de la realidad. Para alcanzar este horizonte, se requiere un arduo trabajo de purificación y de recogimiento.

La categoría de la individualidad se relaciona directamente con la noción de espíritu. “El individuo -afirma Kierkegaard- es la definición espiritual del ser humano. La masa, lo numérico, lo estadístico es la definición animal del ser humano”³. La categoría a que estamos aludiendo es, pues, una determinación del espíritu (*Aands-Bestemmelse*). Lo que hace radicalmente distinto a un ser humano de otro no es, precisamente, su materialidad, sino lo invisible que hay en él, es decir, su espíritu. En la medida en que el sujeto desarrolle su espíritu de un modo personal y coherente, estará alcanzando la categoría de la individualidad. No somos individuos por el hecho de ser distintos en el plano fenoménico, sino por el hecho de determinar nuestro espíritu hacia horizontes distintos.

Kierkegaard reivindica, de este modo, el individuo frente a la masa. Desde su particular punto de vista, lo único verdadero es el singular; mientras que la multitud es la mentira. Sólo el ser humano puede llegar a descubrir la categoría de la individualidad y sólo mediante ella puede separarse de la multitud y permanecer uno, autónomo y libre. La categoría de la individualidad es, por otro lado, la condición de posibilidad de la auténtica libertad, de esa libertad que emerge del yo y no de la masa amorfa. “Los hombres –afirma el pensador danés- saben bien que cada uno

³ Pap., XI 1 A 81.

está obligado a ser individuo, pero esto es muy arduo y significa renunciar al mundo... El individuo es la determinación del espíritu, la colectividad es una determinación animal que hace la vida más fácil”⁴. Y en otro lugar lo expresa todavía de un modo más contundente: “Nadie quiere ser individual, todo el mundo trata de librarse de este tremendo esfuerzo. Pero esta no es la única razón por la cual la gente elude ser individuo. Se tiene miedo de la gente, miedo de la oposición de la comunidad que le rodea... Lo numérico nos tranquiliza”⁵.

El espíritu es el fundamento de la individualidad, es decir, la condición de posibilidad del desarrollo único del ser humano. El hombre que cultiva soberanamente su yo y preserva su singularidad de la barbarie de la masa y del proceso de homogeneización va camino de ser un individuo. Esta ruptura respecto de la masa no debe interpretarse en términos de egocentrismo o de individualismo, sino todo lo contrario. Sólo el hombre que ha ejercitado esta posibilidad, está capacitado para dialogar con su propio yo y para vivir una relación de auténtica humanidad con el otro. Dicho de otro modo, la fraternidad sólo es posible más allá de la masa y de la multitud. Sólo el *Enkelte* puede tratar al otro como *frater*, porque sólo él ve en el otro un ser único y singular y no una mera copia de una especie.

Por ese motivo, afirma Kierkegaard que “ser individuo es, en cierto sentido, la más eminente definición del ser humano, la definición que otorga la distinción más elevada a la persona. Ser individuo significa ser sacrificado”⁶. En definitiva, la individualidad es la categoría humana *par excellence*, la categoría más decisiva y definitoria de la existencia humana. A través de ella, el ser humano se eleva por encima de todo el reino animal.

En un contexto cultural como el nuestro, sumergido en un grave proceso de globalización, debemos recuperar, con urgencia, la categoría de la individualidad. La Muerte del Hombre a que aludía M. Foucault siguiendo a Nietzsche, tiene mucho que ver con el descrédito y el abandono de la categoría de la individualidad y la irrupción del hombre-masa. No estamos al final de la historia, ni tampoco estamos frente al último hombre de Zaratustra, sino frente a un hombre que trata de resistir al impacto de la homogeneización y que procura ser él mismo y afirmarse libremente en el mundo.

Debemos tener en cuenta que cada ser humano está llamado a ser único y distinto, que cada cual está llamado a hacer con su vida una obra de arte original y que en este esfuerzo nos jugamos el sentido y la razón de ser de la condición humana y la misma defensa de un valor tan noble como la libertad. Frente a la irrupción del pensamiento único y de la globalización,

⁴ Pap., X 4 A 441.

⁵ Pap., XI 1 A 82.

⁶ *Ibidem*.

se impone la tarea de pensar la individualidad y, en esta tarea, el pensamiento del inigualable Kierkegaard puede resultar especialmente sugerente.